

La Quinta de los

MOLINOS



*Verjas
postales descoloridas
por Federico Villoch*

FUE mandada levantar por el General Tacón durante el periodo de su mando en 1835, costando obra y terrenos la cantidad de veinte y cinco mil sesenta y dos pesos. Hoy «la casa se hubiera perdido» haciéndolo todo por menos de cien mil dólares. El General Manzano, Capitán General de la Isla, que falleció víctima del vómito en septiembre de 1867, se hallaba viviendo en la quinta, en uno de sus periodos de descanso, cuando experimentó los primeros síntomas de la enfermedad. La casa de vivienda, construida a la antigua criolla, estaba a todo lujo y comodidad, siguiendo siempre los distintos gustos y modas de la época. Hasta 1833, la Capitania General se preocupó de la atención y el mejoramiento de la Quinta, sosteniendo en ella un regular número de empleados que cuidaba de la casa de vivienda y sus jardines, una gran parte de los cuales fué convertida en huerta, cuyos productos se consumían en Palacio. Una brigada del Presidio se ocupaba de los trabajos de siembra y limpieza, la mayor parte de la clase de color. Una tarde, creemos que fué allá por el año 91 ó 92, volviendo del Cementerio de Colón, de un entierro, un coche de aquellos que se llamaban «de lujo», conduciendo tres acompañantes de aquél, por cierto personas muy conocidas del comercio de esta ciudad, los caballos hubieron de desbocarse al bajar la loma del Príncipe y entrar en la Calzada de Carlos III, yendo a estrellarse—y el carruaje; y los caballos; y los caballeros—contra una de las sólidas rejas de hierro de la Quinta, quedando muertos allí mismo dos de los pasajeros; y herido de muerte el auriga; lo que motivó que el público, atraído por la curiosidad, acudiera en los días sucesivos en gran número a ver el sitio en que había tenido lugar el trágico suceso, visitando de paso la abandonada Quinta, de la que ya casi nos habíamos olvidado. El General D. Ramón Blanco, que tenía fama de hombre mundano, y del que se contaban no pocas aventuras galantes, solía ocuparla algunas veces; y ello rodeaba el sitio de cierto mágico embrujo amoroso. También fué retocada la casa vivienda de la Quinta para recibir a la Infanta Eulalia, y mas de una fiesta (rumba) criolla se celebró en ella para enterarla de las costumbres del país. Los jefes de la primera y segunda intervención también la utilizaron para sus descansos vera-

niegas. Cuando el proceso de los estudiantes en 1871, José Martí, uno de ellos, durante algunas semanas guardó prisión en el departamento militar que tenía la quinta para su seguridad. Hasta hace poco se exhibía el calabozo en que estuvo encerrado el futuro Apóstol; no sabemos si aún se conserva el local; y caso afirmativo, también ignoramos si existe allí alguna tarja que recuerde el histórico suceso. Martí se llamaba entonces el «113».

De joven íbamos algunas veces acompañados de varios amigos, poetas unos y pintores otros, que empezaban su carrera, a pasearnos por la Quinta de los Molinos. Nuestros lugares predilectos eran la Cascada; la Vaquería; el pedazo de tierra dedicado a siembras de frutos menores. Cuando el mediodía, en verano, se hacía pesado, recalábamos en la antigua casa colonial, dedicada en un tiempo al

veraneo de los Capitanes Generales. Aquellas frondas tenían algo de Versailles. Aquellos rincones selváticos en que los artistas copiaban «trozos de naturaleza» oían a la humedad de los grandes bosques; se oían zumbas las avispas y los abejorros; se veían escurrirse entre las piedras cubiertas de mohos una infinita variedad de camaleones y lagartos; en medio de nuestras conversaciones de arte y literatura, olvidados de todo, nos creíamos transportados a una Arcadia feliz. Los que cursaban en la Universidad—Filosofía y Letras—hablaban del Jardín de Epicuro; de la República de Platón. De vez en cuando cruzaba un guarda-parque que se embobaba viendo a uno de nosotros reproducir en la tela un trozo de selva. Nos hacía la impresión de que también el guarda, aligerado un momento de sus monótonos deberes, soñaba y se trasladaba a otro ambiente: a un rincón de su aldea en España, o algo así. Flotaba entonces sobre toda aquella abandonada Quinta de los Molinos como una urbe de ensueños. El lejano silvar de las locomotoras de los trenes de Vi-

2

llanueva que por allí pasaban, ayudaba a esta ilusión. No había entonces el ruido que existe hoy en el próximo paseo de Carlos III; sólo lo turbaba algún que otro pregón de negros o chinos dulceros, o isleños vendedores de frutas. Unos de los asiduos a aquellas excursiones eran los hermanos Quiñones; Arturo y Santiago, muertos ambos. El mayor, que además de pintor era músico, llevaba algunas veces su violín y hacía allí sus estudios; nosotros runruneábamos «in menti» nuestros primeros versos. Armando Menocal retrataba al lápiz y pronunciaba discursos políticos. Luego de hombres, ya cargados de años y preocupaciones, hemos vuelto algunas veces a la Quinta de los Molinos y hemos encontrado allí Exposiciones Industriales; Academias de estudios, etc., etc., pero no era la misma

Cuando mejor pareció fué un largo espacio de tiempo que estuvo completamente abandonada. Crecía la maleza a su gusto y se formaban intrincados y oscuros bosquecillos palpitantes de misterio. Placiale al cuerpo en los días ardientes del verano acostarse envuelto por aquella fresca y complicada bejuquera. Hoy tiene cierto aspecto serio y didáctico. Allí los alumnos de la Universidad dan, según creemos, clases de agricultura, de botánica, etc. Entonces íbamos los estudiantes precisamente a olvidar «la pesadez» de las

clases, no; no es la misma cosa. Cuando de muchachos nos sacaban del colegio para dar aquellos paseos de verano que tanto nos agradaban; al saber que íbamos a la Quinta del General nos agitaba el cuerpo una corriente de alegría, tal como si fuésemos a gozar del sol y el aire en plena campiña. En el encierro en que vivíamos de costumbre, aquel paseo a la Quinta suponía abrirle la jaula al pájaro encerrado para que volase a su antojo: hoy, por el contrario, el pájaro vuela tanto y a su gusto, y sufre tales tumbos y caídas, que acaso lo que desea es volver a veces a la jaula... No; no es la misma cosa.

du Oct 17 134

Entre las cosas buenas que hizo José Miguel—que algunas hizo—se recuerda aquella FERIA o Exposición de Agricultura que se llevó a cabo en la Quinta, siendo secretario del ramo el doctor Martínez Ortiz; hizo un buen papel aquella exposición con sus varios pabellones, uno de ellos muy atractivo, llamado de «Las Cinco Villas». La tal Exposición alcanzó el más brillante y merecido de los éxitos; y en verdad que la Quinta debió destinarse a celebrar cada grupo de años una FERIA por el estilo de aquella; y hasta debió elegirse aquel sitio, desde luego, ampliándolo con los terrenos anexos, para instalar allí el famoso y zarandeado Bosque de la Habana de que tanto se habla.

Allí acamparon las fuerzas de G. M. Gómez en su primera llegada a la Habana; y era un arribar sin tregua de visitantes. Los que fuimos a verlo nos parecía que visitábamos la manigua de Cuba Libre; y respirábamos el encanto que debe suponerse. Cuando muchachos íbamos a pie desde la ciudad; llegábamos cansados; rendidos; y eso le daba a la excursión un cierto aspecto de lejanía. Hoy se llega en tranvía en unos minutos; y le parece a uno que no ha ido a ninguna parte. No; no es la misma cosa. Cuando más tarde visitamos en nuestros viajes a Europa los jardines de Aranjuez; los Bosques de Bolonia y de Vincennes; el Parque de New York y el de Barcelona; y otros parques y jardines de distintas ciudades, siempre tuvimos un amoroso recuerdo para aquella nuestra Quinta de los Molinos de nuestra primera juventud. Y decimos nuestra porque era nuestra sin cortapisa, en todo su gran tamaño y abandono. También se le llamaba la Quinta del General.

En una de nuestras últimas visitas a la Quinta de los Molinos, escribimos en nuestra cartera de «Notas», y al correr del lápiz, los siguientes versos que hoy reproducimos sin otra pretensión que la de evocar un recuerdo:

Rincón capitalino donde el pecho respira fuera del ajeteo y el ruido de las calles; dormidos lagunatos donde el cielo se mira; fronda de donde surge el alma de Versailles.

En tus salas el viejo clavicordio de oro esparció las cadencias de hispánicas canciones; y también en su día el cornetín sonoro hizo vibrar de Cuba los típicos danzones.

Hora escúcho en la tarde gemir tus alamedas; y tus un día alegres y ya mustias veredas las veo entre zarzales corriéndose a perder...

Así cuando el espíritu, de males agobiado, intenta con esfuerzo revivir el pasado se pierde entre las brumas del recóndito ayer.

Federico VILLOCH



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA